

## José Vicente González Valle

(1935 — 2019)

Luis Antonio González Marín  
IMF-CSIC

Es difícil determinar cómo nace una vocación fuerte. A menudo ni uno mismo es capaz de explicarlo para el caso propio. Pero hay hechos y situaciones de la historia personal que pueden aclarar el porqué de una trayectoria.

José Vicente González Valle (\*La Guardia, Toledo, 5 de abril de 1935; †Zaragoza, 23 de febrero de 2019) descubrió la música —o digamos que la Música lo descubrió a él— en el Seminario Metropolitano de Toledo, donde ingresó cumplidos los diez años. Al tiempo que estudiaba latín, teología y filosofía, se ejercitaba en el piano, el órgano, la armonía y el contrapunto, y comenzaba a amar la música de Bach, que siempre consideraría la mayor muestra del genio de la humanidad.<sup>1</sup> Encaminado ya hacia la profesión musical, tras estudiar con Isaac Féliz, maestro de capilla de la metropolitana toledana, y asistir a los cursos de gregoriano y “música antigua” de Vitoria y Salamanca con Manzarraga, Rubio, Kastner, Urteaga, etc., ya ordenado sacerdote y siendo organista de Santo Tomé de Toledo, se trasladó a Madrid para cursar estudios profesionales (órgano, contrapunto y fuga y composición) en el Real Conservatorio, donde tuvo como profesores a Guridi, Calés Otero, Julio Gómez y Cristóbal Halffter. Siempre por oposición ocupó diversos cargos (organista en la catedral de Logroño en 1964, maestro de capilla en La Seo de Zaragoza en 1965, canónigo prefecto de música de la misma en 1973). Varias visitas a Francia y Alemania le hicieron descubrir realidades musicales y culturales desconocidas en la España de entonces, y decidió proseguir estudios fuera del reinante ambiente “paleta” (expresión que a menudo utilizaba para referirse a la España de posguerra en la que se crió, lastrada por miserias de toda índole, al margen de la valía de algunos de sus profesores, que siempre ponderó). El destino fue Munich, donde pudo instalarse gracias a una beca de la Fundación Juan March y, sobre todo, a la munificencia de la familia muniquesa Loy, con la que entabló fuertes vínculos. En sus propias palabras, su llegada a Alemania (reconstruida económica y culturalmente ya en los 60) fue como alcanzar el cielo.

Los estudios en la *Hochschule für Musik* (con Lehnrdorfer, Bialas y otros) y en la *Ludwig-Maximilian Universität* (especialmente con Georgiades, Göllner y Bischoff; allí cursó la Licenciatura y el Doctorado en *Philosophie I-Musikwissenschaft*), y el contacto con investigadores y músicos del ámbito germánico (Heckmann, Floros, Eggebrecht, Wolff... o también Radulescu, Ratzinger y Harmoncourt) marcaron para siempre algunas líneas de su pensamiento y quehacer en la música y en la investigación. Conoció allá de primera mano la gran tradición musicológica alemana, entonces en revisión, y el auge de la nueva interpretación históricamente informada de la música. De nuevo en España desde 1975, con su título de doctor por Munich —que no le sería convalidado hasta 1988— y sin perder ya el contacto permanente con el mundo universitario alemán, ejerció como profesor de Estética, Historia de la Música y Musicología en el Conservatorio de Zaragoza, a la vez que tomaba las riendas de la escolanía de Infantes de La Seo y El Pilar, institución musical de fundación medieval, superviviente de las ya desaparecidas capillas de música, que supo conducir, desde un estado decadente, hasta un nivel que podía medirse con las más celebradas escolanías europeas: llegaron así los conciertos fuera de la liturgia, los discos, las giras por Europa (Francia, Italia, Alemania, Austria) y, en consecuencia, la incompreensión de algunos, que forzó el final de un fructífera colaboración y el regreso de la escolanía a sus funciones y estándares habituales. En esos años, González Valle fue, junto a José Luis González Uriol, el gran pionero de la música histórica en Aragón. Con él y con Pedro Calahorra fundó la Sección de Música Antigua de la Institución Fernando el Católico y promovió el I Congreso Nacional de Musicología. Entretanto, y ante la dificultad para convalidar en España sus títulos alemanes, terminaba sus estudios superiores de Musicología

---

<sup>1</sup> Para un resumen biográfico de J.V. González Valle, véase Antonio Ezquerro Esteban, “José Vicente González Valle. Músico e investigador”, *Anuario Musical*, 56 (2001), pp. 5-19. Y para una síntesis del pensamiento musical e intereses musicológicos de González Valle, véase Antonio Ezquerro Esteban, “González Valle, exégeta de la música”, *Nassarre*, 35 (2019) (en prensa).

(Madrid) y Órgano (Barcelona, con Montserrat Torrent). Catedrático por oposición del nuevo Conservatorio Superior de Zaragoza (1985), fundó la *Schola Cantorum*, con la que continuó su labor de director hasta que en 1988, de nuevo previa oposición, se instaló en Barcelona como Colaborador Científico del CSIC y cabeza e investigador único de la Unidad Estructural de Investigación en Musicología de la Institución Milà i Fontanals, heredera del antiguo Instituto Español de Musicología.

González Valle encontró un centro (la UEI-Musicología) reducido a la mínima expresión, a punto de desaparecer, pero puso su empeño, su tesón y su fuerza de voluntad —rasgos notorios de su carácter— en conseguir que creciera, se pusiera al día y se transformara en un verdadero instituto de investigación musicológica, donde se prestara una especial atención a la *Aufführungspraxis*, como laboratorio de ensayo con vistas a hacer música viva de la grafía muerta y alcanzar una mejor comprensión del fenómeno musical. Adquisiciones de instrumentos, revitalización y actualización de la biblioteca (una buena biblioteca, pero anticuada por años de desatención) mediante la compra de obras de referencia, estudios recientes y suscripciones a las más importantes revistas del ramo, revitalización de las publicaciones, consecución de becas, contratos y plazas, intensificación de la presencia del CSIC en congresos y actividades musicológicas internacionales, docencia en doctorados universitarios y dirección de tesis, organización de congresos, cursos, conciertos, creación de RISM-España, firma de convenios (uno de ellos pionero en España, con el Arzobispado de Zaragoza, para garantizar el acceso e investigación permanente en uno de los más relevantes archivos musicales españoles, el de las Catedrales de Zaragoza)... fueron algunas de las labores que, incansablemente, desarrolló desde entonces hasta su jubilación en 2001, ocupando el puesto de Jefe del Departamento de Musicología de la IMF (CSIC), Director de *Anuario Musical* y los *Monumentos de la Música Española* y Presidente de RISM-España y miembro del *Praesidium* de RISM-Internacional. Tal volumen de trabajo no le impidió seguir investigando y publicando, o continuar tañendo el órgano, el clave o el clavicordio diariamente.

Jubilado y de nuevo en Zaragoza, libre de cargas administrativas y de gestión, pudo dedicarse a lo que más le interesaba y prosiguió con una actividad incesante. Hubo de luchar contra la enfermedad (un cáncer que, tras ser operado, mantuvo a raya durante más de quince años), que debilitó su cuerpo y le obligó a abandonar sus horas diarias de práctica del teclado. Canalizó entonces su espíritu de organista y su preocupación por el patrimonio musical en la promoción de restauraciones de órganos (como el de La Seo de Zaragoza, de larga historia que se remonta al siglo XV, o el de su localidad natal, La Guardia) y de construcción de instrumentos nuevos, como el de la Basílica del Pilar, que sustituyó al viejo de OESA, inservible, mal diseñado y peor construido y conservado (un “chisme”, en certeras e irónicas palabras de González Valle). Y sobre todo dedicó su tiempo a una investigación infatigable y a la revisión de algunos grandes clásicos de la musicología alemana, que fueron sus maestros. Consciente de que en los territorios hispanohablantes no eran suficientemente conocidos ni leídos, emprendió una tarea ingente de traducción, desde fuentes como el *Singe-Kunst* de Christoph Bernhard hasta obras relevantes de Georgiades, Beck, Apfel, Sachs, Jammers, Fellerer... A través de un blog personal puso a disposición de todos, generosamente, numerosísimos trabajos. Sólo dejó de trabajar cuando la ceguera a consecuencia de la enfermedad, que precedió en poco tiempo al fallecimiento (como en el caso de Bach, el músico que más admiraba), le impidió continuar con sus estudios y traducciones.

Preocupado especialmente por temas como el compás, el metro, el ritmo, la relación música-texto, la retórica musical, la música como discurso, la relación entre grafía y sonoridad, la notación y la práctica del hecho musical, la semántica..., González Valle fue pionero de la interdisciplinariedad en la musicología en España, pues nunca concibió los estudios musicológicos separados de la filología, la historia, las artes y, muy especialmente, la filosofía. A través de sus escritos, así como en su conversación y en las recomendaciones a sus estudiantes, podía irse reconstruyendo un compendio de historia de la filosofía, desde la Antigüedad (Platón y Aristóteles) hasta la postmodernidad (Vattimo). Un verdadero discípulo suyo tenía que ser buen músico, saber latín y ser capaz de discutir sobre San Isidoro y Kant, sobre fenomenología, sobre Gadamer, Popper o Gombrich. Su casa contuvo la más rica biblioteca musicológica de Zaragoza, una biblioteca variada y ecléctica por lo demás, con mucha filosofía, mucha teología, y también abundante narrativa de todos los tiempos, desde Cervantes hasta Dostoievsky, desde Sterne hasta Manuel Vicent.

Esa casa, en Zaragoza o en Barcelona, estaba permanentemente abierta a los amigos y a quienes quisieran acercarse a tener una conversación inteligente, divertida y enriquecedora sobre música, filosofía, teología, política o literatura (conversación en la que, indefectiblemente, Bach saldría a colación, como ocurría en sus clases), ante un excelente café u ocasionalmente un dedo de “güisquito”; o, en los últimos tiempos, acompañando una pequeña merienda regada con una copita de champán. José Vicente (lo nombro así por la familiaridad que tuve la suerte de disfrutar) era espléndido, generoso y desprendido en grado sumo: sus conocimientos, sus libros, sus instrumentos, su tiempo estaban disponibles para quien los necesitara. Fue confiado hasta casi rozar la ingenuidad, lo que le proporcionó algunos sinsabores y decepciones (soportaba mal la ignorancia, la ramplonería, la ruindad y la frivolidad, que por desgracia algunas veces hubo de padecer). Hombre de fe y de dudas, exquisitamente educado y cortés, progresista, moderno, cosmopolita, amante de la tecnología (su propio ordenador Mac fue el primero que se instaló en la IMF; después abrazó con alegría las facilidades que internet proporcionaba para la investigación y la comunicación), de gustos refinados y algo sibarita, elegante en todas las acepciones de la palabra, de conversación culta y aménísima, dotado de un humor irónico a veces un tanto ácido, inconformista, muy exigente y riguroso, pero a la vez tolerante y abierto, apasionado, entregado y tenaz, sacrificado y sufrido, consciente de su saber y a la vez humilde, disciplinado, trabajador infatigable, inquieto, nunca ocioso, heterodoxo, siempre crítico, claro y ajeno a toda pedantería, fumador empedernido (hasta que el cáncer le obligó a dejarlo, lo que hizo sin rechistar), despistado (protagonizó algunas

divertidas anécdotas que narraba con gracia irrepitible), lleno de fuerza de voluntad, poseedor de un entusiasmo irreprimible y contagioso..., así era José Vicente. Por eso fue tan admirado y querido por quienes fuimos de un modo u otro discípulos suyos.

Empezaba este texto con una alusión al origen de las vocaciones. En realidad me refería a la mía y a la de muchos otros colegas músicos y musicólogos que, como yo, tanto debemos al magisterio y al ejemplo de José Vicente González Valle.

Ante todo, fue músico, sabio y bueno. Los afortunados que lo conocimos y tratamos podemos dar fe.